

tradición, centrados en las nociones de autor y obra, en la exégesis que pretende descifrar el sentido de la obra. Propone la alternativa, como señalaba Foucault, de desarrollar “unos fragmentos filosóficos en unos talleres históricos”, modestos estudios de detalle, problematizaciones delimitadas históricamente, para una “ontología del presente” (antes que la búsqueda de sistemas totalizadores que pretendan continuar una línea ascendente en el progreso de la verdad). Cuestiona así la idea de una “filosofía perenne”, en busca de verdades o cuestiones intemporales. Nos muestra más bien una pluralidad de formas de racionalidad, una historización radical de la filosofía y, con ella, del concepto formal de verdad; a la vez que su politización, al señalar las conexiones que se anudan entre los discursos considerados verdaderos y determinados efectos de poder.

También critica la idea de la Filosofía como una tradición separada de otros saberes, autónoma y trascendente. Propone, en fin, hacer de la Filosofía un pensar “impuro”, híbrido, elaborado a partir de materiales y temáticas (historia de la sexualidad, de la locura, del encierro car-

celario...) extraños a los objetos habituales de su tradición. Se pretende así romper la jerarquía de objetos y problemas estipulados en el campo filosófico, ampliándolos desde la experiencia cotidiana a los márgenes del saber y las instituciones, acercándonos a las grandes preguntas desde objetos o cuestiones bien delimitados y abordables mediante las técnicas de la investigación empírica. Y, por último, en un necesario ejercicio de reflexividad, nos invita a tomar al propio campo filosófico como un objeto de investigación, analizando sus categorías, instituciones, usos y prácticas de enseñanza (tal como desarrolla la sociología de la filosofía).

El “taller filosófico” que se nos muestra en este libro puede ayudar a proporcionar herramientas para estimular y continuar esta otra forma de trabajar en el campo filosófico, de colaborar modestamente a transformar nuestra capacidad de pensar, de actuar de otro modo.

José Benito Seoane Cegarra
(Universidad de Cádiz)

NOVELLA SUÁREZ, J. (2021). *La aventura del pensamiento español*, Madrid: Sindéresis, 166 pp.

En *La aventura del pensamiento español*, el profesor de filosofía de la Universidad de Murcia Jorge Novella nos ofrece una visión panorámica de la tradición filosófica española. El autor afirma en la presentación que se trata de “divulgar qué es eso que llamamos pensamiento español”, lo que unido a la brevedad del libro puede hacernos creer que estamos ante un trabajo sin grandes pretensiones. Nada más alejado de la realidad: la misma lectura constituirá una aventura en

la que se sucederán multitud de tradiciones y puntos de vista en el intento de dar con una definición de la filosofía española. De hecho, la cantidad de referencias exige un gran esfuerzo de atención por parte del lector; el premio será un excepcional marco de referencia que le permitirá responder a la invitación profundizando en aquellas tradiciones que hayan despertado su interés.

Tampoco faltará la reflexión en torno a las metodologías que permiten entrar con rigor

en esta historia. Novella discutirá diversas propuestas metodológicas, desde el intencionalismo de Skinner a la más cercada sociología de la filosofía de Francisco Vázquez y José Luis Moreno, pasando por la historia conceptual de Koselleck, actualizada en nuestro contexto por José Luis Villacañas.

Mención especial merece el riguroso análisis del proceso de institucionalización de la filosofía en nuestro país, cuyo origen sitúa en los ilustrados Forner y Feijóo, y que logrará su impulso definitivo con la cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad Central, ocupada por Sanz del Río en 1854. Destaca también otras figuras, como la de Gumersindo Laverde o Menéndez Pelayo, quien en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882) rescató del olvido a gran cantidad de autores y corrientes, aun cuando el objetivo del dogmático historiador fuera denunciar su carácter herético desde una tramontana defensa del pensamiento católico, a su juicio, único verdaderamente castizo. Estudia Novella también la continuación de los discípulos, más aperturistas, de Menéndez Pelayo, como Adolfo Bonilla, que iniciaría la publicación del *Corpus Sistemático de la Historia de la Filosofía Española*.

Pero la erudición de Novella no puede despistarnos respecto al objetivo fundamental de su libro: la defensa del pensamiento español. ¿En qué sentido?

Lo primero que hay que observar es que tal defensa no consiste en una apología nacionalista. Lo que da unidad al pensamiento español es la unidad lingüística y, por lo tanto, su implantación geográfica va mucho más allá de las fronteras de España, incluyendo todo el espacio iberoamericano.

Como la unidad viene dada por la lengua compartida, Novella prefiere no incluir en la historia del pensamiento español a autores como Séneca, Averroes o Maimónides. Estos constituyen sin duda momentos de

su prehistoria, pero, a su juicio, la historia sólo comienza en 1492, con el surgimiento del espacio iberoamericano y la publicación de la *Gramática en lengua castellana* de Antonio de Nebrija, quien era perfectamente consciente de que es la lengua lo que da unidad a una cultura. En todo caso, aquellas tradiciones de la prehistoria del pensamiento español serán recuperadas en formas diversas por las tradiciones estrictamente históricas; como observó, por ejemplo, Karl Alfred Blüher, para el caso concreto del senequismo, en *Seneca en España* (1983).

Pero, entonces, si no se trata de una apología chovinista, ¿por qué el pensamiento español requiere defensa? ¿Es que es posible poner en duda el valor filosófico de una lengua? Este es precisamente el caso: desde prejuicios inveterados se ha rechazado el valor filosófico del español. Recordemos la payasada del filósofo francés Victor Delbos: “Pour connaître la totalité de la philosophie, il est nécessaire de posséder toutes les langues, sauf toutefois l’espagnol”. Broma soez epocalmente desafortunada si tenemos en cuenta que es coetánea con la inauguración de la Edad de Plata de la filosofía española, que, partiendo de la Generación del 98, continuará en las prolíferas escuelas de Madrid y Barcelona, cuyo momento cumbre lo encontramos en los tiempos de la II República.

Pero la necesidad de defensa del pensamiento español no emana sólo del prejuicio externo, sino que también se explica por el devenir de la institución filosófica en España en los años oscuros de una dictadura que aplastó o condenó al exilio, tanto interior como exterior, a todo aquel pensamiento en ebullición, convirtiendo al tomismo en filosofía oficial y excluyente en nuestro país. Y cuando a partir de los años sesenta los nuevos aires aperturistas permitieron, aún tímidamente, el pluralismo, las nuevas generaciones fueron incapaces de recuperar

las tradiciones de pensamiento en español. Intentaron, en cambio, revitalizar la filosofía en nuestro país desde corrientes foráneas y dando la espalda a los que habían sido injustamente silenciados. Con ello, tristemente, crecían los que asentían con Delbos dentro de nuestro propio espacio geográfico. Recuerdo que cuando era alumno en la licenciatura de filosofía, no faltaban los profesores, en su mayor parte anglófilos, que despreciaban entre bromas nuestra tradición, refiriéndose al chovinismo de los historiadores de una filosofía, la española, que debería ser calificada, más correctamente, como literatura. Pero he aquí que, con ello, aquellos profesores, desde su ignorancia prejuiciosa, apuntaban paradójicamente a una de las virtudes más sobresalientes de la filosofía española: su capacidad para expresarse en estilos que tradicionalmente no han sido considerados estrictamente filosóficos, como el ensayo, la novela, la poesía o el aforismo. Estilos apropiados para un pensamiento de marcado carácter humanista y que concibe la filosofía más como una *forma de vida* que como una disciplina académica.

En este sentido, Astrid Melzer-Titel se refería en *Modernität des Südens* (2003) a la actualidad del pensamiento en español, derivada de su recurrencia a patrones de pensamiento y estilos premodernos típicos del humanismo renacentista. Pero, entonces, si, como vio Milan Kundera en *El arte de la novela* (1986), la modernidad filosófica de origen cartesiano constituye una reacción restrictiva frente al aperturismo tendencialmente relativista encarnado por Montaigne o Cervantes, la falta de arraigo de una tal modernidad en España muestra ahora ventajas a la hora de afrontar su quiebra. El carácter filosófico de estas aportaciones no puede comprenderse desde las definiciones estrechas de la disciplina, sino rastreando su arraigo en una tradición mediterránea en la que dominaba el

realismo vitalista y donde la razón no estaba divorciada aún del sentimiento; una tradición que se expresaba en estilos que permitían captar el carácter dinámico, circunstancial y fragmentario del pensar.

Novella explicitará a lo largo del libro los rasgos más sobresalientes del pensamiento español: los ya mencionados, como el trasfondo humanista (que naciendo en Vives y Vitoria, llega hasta el socialismo de espíritu liberal de Fernando de los Ríos o Julián Besteiro) o la comprensión de la filosofía como una forma de vida; o su carácter práctico, vitalista y realista (el conocimiento brota del quehacer de la vida). Todo ello permite responder a la crítica de Delbos sin complejos: mejor hablar de pensamiento español que de filosofía española.

Novella se refiere también a un marcado espíritu crítico no exento de problemas, en tanto que ha impulsado cierto adanismo con tendencia a cortocircuitar la continuidad de las tradiciones. El principal problema de la filosofía en España es que cada nueva generación ha vivido de espaldas a la anterior. Por ello, como afirmaba María Zambrano en una entrevista de 1988: “en España ha habido precursores, ha habido sobre todo eso, pero lo que no ha habido es continuidad y vigencia, que son las notas de una tradición filosófica”.

A esta tendencia del pensamiento español se unen las nefastas consecuencias de la dictadura. Rota la continuidad, las nuevas formas foráneas asimiladas (filosofía analítica, existencialismo, estructuralismo, marxismo...), a través de lo que Ferrater llamó “una recepción sucursalista y académica”, no lograron incrustarse en nuestro ethos y la filosofía acabó en las antípodas de lo que tradicionalmente había sido: una forma de vida.

Para Novella, sólo podemos detener esta dinámica suicida (que Pedro Cerezo calificó como la “miseria de la filoso-

fía”) recuperando todo aquel pensamiento injustamente olvidado. Afortunadamente, las sucesivas ediciones de las obras completas de los que habían sido silenciados o expulsados, y el excepcional trabajo de recuperación desde asociaciones como la Asociación de Hispanismo Filosófico y estudiosos como José Luis Abellán o el propio Cerezo, permiten observar un renacer del pensamiento español.

Queda la duda de si esta nueva dinámica logrará irrigar una academia estructuralmente contaminada por los prejuicios de los neopositivistas anglófilos, quienes, aprovechando la corriente del imperialismo anglosajón, han logrado imponer unos estándares de calidad estrechos y de corte cientista, altamente nocivos para nuestra rica tradición.

Pero ya sea en el espacio de la academia, ya sea fuera de ella, el pensamiento español ha venido para quedarse. Dialécticamente, además, parece estar logrando atravesar en muchos casos aquellas tradiciones foráneas asimiladas, dejando atrás las tendencias inmunológicas que han solido caracterizar a nuestra filosofía. Pensar sí, desde la propia circunstancia y de forma abierta, en diálogo con otras tradiciones y corrientes de pensamiento; frenando la tentación tenebrosa, integrista y mesiánica de un casticismo que obstaculizó el proceso de secularización y la recepción de los saberes científico y filosófico.

Óscar Barroso Fernández
(Universidad de Granada)

CASTILLO, R. (2020). *Filósofos de paseo*. Madrid: Turner.¹

El paseo y su ligazón con la filosofía recibe una atención creciente y está tomando formas variadas en la producción bibliográfica de nuestro siglo. Desde las obras más divulgativas y *best-seller*, como *Wanderlust* de Solnit (2015), hasta las más vanguardistas, como el *Walkspaces* de Careri (2014), pareciera que la práctica del paseo no se circunscribe ni tampoco ha muerto con el *flâneur* del siglo XIX, sino que ha sido una constante a lo largo de la Historia del Pensamiento. Así lo parece defender Ramón del Castillo en *Filósofos de paseo*, recientemente publicado por Turner, demostrando al lector que la vinculación entre filosofía y errancia no se remite exclusivamente a los peripatéticos; de hecho, el autor no les dedica ningún capítulo,

evitando así caer en una obra basada en tópicos. Más aún, de sus comentarios se deduce, progresivamente, que la relación entre ambas cuestiones es más profunda e, incluso, inherente de lo que cabría pensar, como, por lo demás, ya hubiera intuido Walter Benjamin (2018b) en sus estudios —los cuales, bien es sabido, a veces eran más sugerentes que estrictamente académicos—.

El profesor no nos propone una dirección, sino un itinerario. Solo así podemos entender la estructura de este libro, pues no necesariamente puede -incluso ni debe- ser leído en el orden habitual, al igual que ningún paseo que se precie obedece a un recorrido preconcebido. Pero eso no significa que la selección de autores y temas sea caprichosa, como trataremos de demostrar en las siguientes líneas -se evidencia, por ejemplo, en la inclusión del olvidado Fowles-, ni tampoco conven-

1 Este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda predoctoral Severo Ochoa del Principado de Asturias (AYUD0029T01; Ref.: PA-21-PF-BP20-147).